

IV

O'Higgins, al ver retirarse la vanguardia realista perseguida por los granaderos, pidió autorización para esforzar la persecución á fin de impedir se reorganizase al pie de la cuesta, y el general se la dió, pero recomendóle que no empeñase la acción, pues su papel era meramente concurrente y sólo debía comprometerla cuando la columna de Soler hubiese ejecutado el movimiento decisivo que le estaba asignado. O'Higgins era un héroe en el combate, pero carecía de las cualidades del general y de la sangre fría de un jefe divisionario, estando además animado de pasiones tumultuosas que lo precipitaban, como él mismo lo ha dicho disculpándose (7); así es que, arrastrado por el movimiento impetuoso que imprimió á sus tropas, olvidó lo acordado en la junta de guerra y las prevenciones del general en jefe, y tomó imprudentemente la ofensiva no obstante la inferioridad numérica de su fuerza.

Apenas la columna de infantería argentina hubo pisado el último plano de la Cuesta vieja, desplegó su línea sobre la boca de la quebrada, según queda explicado. En seguida se adelantó hasta el llano buscando campo para desplegar, y tra-

(7) En una carta de O'Higgins á don Juan Egaña, escrita trece años después (20 de julio de 1830) dice: « Yo he sido acusado de temerario » por haberme arrojado á atacar con 700 bayonetas más de tres tantos » de este número en los altos de Chacabuco, pero los que hacen esta » acusación son incapaces de juzgar mis motivos y sentimientos en » aquella ocasión. Ellos ignoraban el juramento que hice durante 36 ho- » ras de combate en Rancagua; ellos no sabían los clamores y ruegos » que diariamente ofrecía á los cielos desde aquel día aciago hasta el 12 » de febrero de 1817; ellos no eran sensibles á los abrasadores senti- » mientos que me consumían. » Véase Vicuña Mackenna, « Ost. de O'Higgins », p. 258 (nota).

bóse inmediatamente un combate de fuegos de posición á posición dentro del tiro de fusil, que se prolongó por más de una hora. Á las primeras descargas cayó muerto Elorreaga (8) que mandaba el ala derecha del ejército realista y que constituía su nervio, experimentando por su parte algunas pérdidas los argentinos. La acción estaba parcialmente empeñada, y el ataque concurrente se convertía en principal, pero sin prometer un resultado inmediato. La situación era crítica, pues si la retirada tenía sus peligros, el avance era temerario, y cuando menos inútil aun triunfando, pues según el plan combinado, los realistas estaban irremisiblemente perdidos desde que habían aceptado la batalla dentro de un recinto sin retirada. Si el general español hubiese tenido iniciativa, habría podido llevar en aquel momento un ataque ventajoso; pero se limitó á amagar débilmente los flancos de su contrario con guerrillas que fueron rechazadas, sosteniendo pasivamente el fuego de fusil y de cañón. Por su parte O'Higgins, con sus instintos heroicos, y deseoso tal vez de decidir por sí solo la victoria sin el concurso de Soler con quien estaba enemistado (9), ordenó el avance repitiendo las históricas proclamas del Roble y de Rancagua: « ¡ Soldados! ¡ Vivir con

(8) Barros Arana en su « Hist. de la Indep. » dice que cayeron muertos al mismo tiempo Elorreaga y Marqueli, que sostenía el ala izquierda. Vicuña Mackenna dice que la muerte del primero acaeció en los últimos momentos de la batalla, confundiéndolo con Marqueli que mandaba el ala izquierda, como se verá más adelante.

(9) Según apuntes manuscritos de O'Higgins, que Vicuña Mackenna extracta en su « Ostracismo », pág. 261, después de la batalla « llamó su atención un bizarro jinete con el caballo cubierto de espuma, haciéndole señas con la espada para que se detuviera. Era el brigadier Soler que venía en su demanda, y sin saludarle, púsose á apostrofarle de temerario é insubordinado y de haber comprometido del modo más culpable el éxito de la batalla. » O'Higgins, dice él mismo en sus apuntes, le contestó con frialdad, « que no era el momento de entrar en polémicas ». Á consecuencia de esto, hubo de concertarse un duelo entre ambos, pero San Martín lo cortó, enviando un mes después á Soler á Buenos Aires con un pretexto honroso.

honor ó morir con gloria! ¡ El valiente siga! ¡ Columnas á la carga! » Los tambores dieron la señal con el toque estremecedor de calacuerda, y lanzóse á paso acelerado en columnas de ataque con 900 bayonetas (10), de los batallones 7.º y 8.º mandados por Conde y Cramer contra 1,500 infantes bien posesionados y sostenidos por artillería, ordenando á Zapiola que con los granaderos procurase penetrar por su derecha sobre la posición enemiga.

Los batallones argentinos marcharon valerosamente á la carga sin disparar un tiro, inflamados por las palabras y el ejemplo del general; pero antes de llegar á la faldá de los cerros que ocupaban los enemigos, encontráronse con el obstáculo del arroyo que baja del barranco en que éstos apoyaban su derecha, á la vez que las piezas situadas en este punto los tomaban por el flanco y la fusilería los quemaba dentro de la zona peligrosa del punto en blanco por el frente. Á pesar de esto, hicieron tenaces esfuerzos para arrebatar la posición; pero no pudiendo salvar el perfil de la barranca en que estaban acordonados los realistas, hubieron de retroceder en desorden á su primera posición de la boca de la quebrada en que se rehicieron fuera del alcance de los fuegos (11). Por su

(10) O'Higgins en la carta cit. en nota ant. dice: « 700 bayonetas », á la vez que exagera la fuerza enemiga « en tres tanto de este número », cuando apenas era el doble. Según Espejo, « Paso de los Andes », p. 579, la columna al mando de O'Higgins ascendía á 1,500 hombres. Los tres escuadrones de granaderos que lo acompañaban no pasaban de 500, pues la fuerza total del regimiento era de poco más de 700, y dos de sus escuadrones estaban en el ala derecha, de manera que la infantería constaba de 1,000 bayonetas por lo menos. Esto se comprueba con el estado de fuerza del ejército de los Andes antes de pasar la cordillera (4 de enero de 1817) que original existe en el Archivo General; según el cual los batallones núm. 7 y 8 constaban cada uno de ellos de 769 plazas, que suman 1,466 de tropa. Rebajando 250 de las dos compañías que iban con la columna de Soler y las bajas durante la campaña, siempre resultarán más de mil infantes, que por un cálculo bajo hemos estimado en 900 en el texto. (Arch. San Martín, vol. II.) M. S.

(11) El parte oficial de San Martín, no hace mención de este rechazo,

parte los granaderos habían intentado en vano penetrar por entre el flanco izquierdo del centro enemigo y el mamelón en que apoyaba este costado, que era un verdadero castillo, y volvieron en orden á situarse tras el morro de las « Tórtolas cuyanas ». (Véase el plano.)

San Martín, contando llevar la victoria en el bolsillo y á la espera del desenvolvimiento de su plan, que no sólo se la aseguraba, sino que le prometía la rendición del enemigo, llegó á temer por la suerte de la división de O'Higgins al verla imprudentemente comprometida contra sus órdenes, y extendiendo el brazo hacia la Cuesta nueva, en la actitud en que lo representa su estatua ecuestre, gritó á su ayudante de campo Álvarez Condarco: « Corra usted, y diga al general Soler, que

que cubre con la carga final de la victoria. Los historiadores chilenos, á excepción del P. Guzmán, Gay y Sanfuentes la mencionan expresamente. Amunátegui, en la « Reconq. Esp. » p. 180, dice: « La infantería de los republicanos dió repetidas cargas á la bayoneta con O'Higgins á su cabeza; pero no pudo á pesar de su ímpetu desbaratar las líneas enemigas. » — Barros Arana, en su « Hist. de Indep. de Chile », t. III, p. 419 dice: « Reunió O'Higgins los batallones 7 y 8, los formó en columnas cerradas, y á su cabeza cargó á la bayoneta; pero todos los esfuerzos no bastaron á romper la línea enemiga. » Según Vicuña Mackenna en su « Ostrac. de O'Higgins », p. 258, escrita con los documentos del mismo O'Higgins, « éste, de su cuenta y riesgo, con un denuedo igual á su responsabilidad y faltando abiertamente al plan acordado de la batalla, colocóse al frente de sus cuerpos de infantería, que apenas contaban 700 plazas, se adelantó con sus columnas por el camino real hasta pasar una acequia, ó más bien grieta, del terreno, en cuya operación los cañones enemigos jugando ya sobre sus columnas, las pusieron durante un momento en un crítico desorden. » — El general Espejo, historiador y testigo personal, dice en « Paso de los Andes », p. 583: « O'Higgins, dominado por un entusiasta ardimiento, con los batallones de su división en columna cerrada, emprendió una carga á la bayoneta sobre la línea enemiga, esfuerzo que por desgracia no logró el feliz resultado que se propuso. El general Maroto había formado sus tropas, colocando su infantería al perfil del barranco de un arroyito que descendía de la alta sierra. Contra este obstáculo no previsto por O'Higgins, se estrelló el esfuerzo del núm. 7 y 8, que tuvieron que retroceder en confusión á rehacerse lejos del alcance de las piezas del enemigo. »

» cargue lo más pronto posible sobre el flanco del enemigo ».
— En seguida, lanzó su caballo cuesta abajo con toda la celeridad que permitía lo escabroso del terreno, y llegó á la boca de la quebrada en circunstancias en que O'Higgins se había adelantado otra vez sobre el llano con el propósito de renovar el combate, y ya no podía retroceder. Era la una y media del día. Á esa hora notóse que la línea enemiga vacilaba, y que algo extraordinario pasaba en sus filas. Era que la vanguardia del ala derecha argentina, cuyo movimiento no había alcanzado Maroto, desembocaba al valle de Chacabuco y avanzaba á paso de trote y al galope sobre la izquierda de la posición. El momento decisivo había llegado.

V

Lanzadas de nuevo las columnas de O'Higgins al ataque, San Martín ordenó á los tres escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Melián, Manuel Medina y mayor Nicasio Ramallo, con Zapiola á su cabeza, dieran una carga á fondo hasta chocar con la caballería realista situada á la izquierda de la retaguardia enemiga. El escuadrón de Medina, pasando atrevidamente por un claro de la línea de infantería en marcha, cayó sobre la izquierda del centro enemigo acuchillando á sus artilleros sobre sus cañones, mientras Zapiola con los otros dos penetraba por su costado derecho, al mismo tiempo que el batallón 7.º y 8.º encabezados por O'Higgins tomaban á la bayoneta la posición. Los fuegos del mamelón se habían apagado, y la infantería realista formaba cuadro en el centro de su campo. Simultáneamente el coronel Alvarado, que con el batallón núm. 1.º llevaba la vanguardia del ala derecha argentina, desprendía dos compañías al mando del capitán Lucio Salvadores, y teniente Zorrilla que se apoderaban

del mamelón, matando á Marqueli quē lo sostenía (12). Necochea con el escuadrón Escolta, sostenido por el 4.º de granaderos de Escalada, penetraba por la retaguardia y arrollaba á la caballería realista por la izquierda á la vez que Zapiola ejecutaba idéntica maniobra por el otro extremo.

Todas las fuerzas vencedoras convergieron sobre el cuadro, que en menos de un cuarto de hora fué hecho pedazos, retirándose sus últimos restos dispersos á la hacienda de Chacabuco por entre los cerros de su espalda. Allí encontraron cortada su retirada por la división de Soler que ya ocupaba el valle, y pretendieron hacer resistencia parapetados tras las tapias de la viña y del olivar contiguo, pero fueron rendidos á discreción. (Véase el plano). Los que buscaron su salvación huyendo por el estero y en la prolongación del valle hacia el sud, fueron exterminados en la persecución, quedando el camino sembrado de muertos desde Chacabuco hasta cerca del portezuelo de Colina. Los sables afilados de los granaderos hicieron estragos: en el campo de batalla encontróse un cráneo dividido en dos partes y el cañón de un fusil tronchado como una vara de sauce (13).

Los trofeos de esta jornada, fueron: 500 muertos, 600 prisioneros, su mayor parte de infantería; la artillería, un estandarte y dos banderas; el armamento y parque de los vencidos y la restauración de la revolución chilena. Las pérdidas de

(12) El general Alvarado, que mandaba en ese día el batallón núm. 1.º, vanguardia de Soler, de que formaban parte las compañías de Salvadores, dice en su « Memoria Histórica Biográfica »: — « Corrientes siguiendo el descenso de la sierra, á cuyo extremo se levantaba un pico, que ocupado por los españoles flanqueaba la derecha de nuestra línea. Sobre esa fuerza cargó el batallón Cazadores, y la deshizo en pocos instantes, muriendo el coronel Marqueli que la mandaba. » M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

(13) En la sacristía de la capilla de la hacienda de Chacabuco se conserva una calavera recogida del campo de batalla con el cráneo hendido por el sable de los granaderos.

los argentinos fueron : 12 muertos y 120 heridos ; lo que demuestra numéricamente, que si el plan de San Martín se hubiese ejecutado punto por punto, como pudo y debió hacerse, la batalla habría terminado por una rendición del enemigo, sin la inútil aunque escasa efusión de sangre que causó la temeridad de O'Higgins, quien sin embargo fué el héroe del día, como combatiente (14). El general vencedor al dar cuenta de esta victoria compendia su memorable empresa en estos

(14) Las pérdidas de los argentinos se descomponen del modo siguiente : 2 oficiales y 10 individuos de tropa muertos, y 120 heridos, de los cuales 12 oficiales. Los dos únicos oficiales muertos, fueron los capitanes de granaderos Manuel Hidalgo y Juan de Dios González (que murió á consecuencia de las heridas), cuyos nombres fueron dados á los dos castillos del cerro de Santa Lucía, en Santiago, mandados levantar por Marcó para dominar la capital de Chile. Según el general Espejo, en el « Paso de los Andes », pág. 534, refiriéndose á documentos oficiales y datos de testigos presenciales, las pérdidas de los argentinos ascendieron á 2 oficiales y 130 individuos de tropa muertos y 174 heridos, de los cuales 12 oficiales. Nosotros nos guiamos por el estado firmado por Zapiola y visado por San Martín, de 22 de febrero de 1817, cuyo encabezamiento es como sigue : « Exto. de los Andes. Estado de los muertos y heridos en la acción de Chacabuco el 12 de febrero de 1817 », cuyo original existe en el Archivo general, Leg. « Secretaría de Guerra, Exto. de los Andes. — Guerra. » Nos inclinamos á creer que el general Espejo tomó el total de muertos y heridos de tropa (que son 130) por el de muertos, dando sólo cuatro oficiales heridos, cuando fueron doce. — De todos modos la proporción de las respectivas pérdidas demuestra numéricamente lo establecido en el texto. (Arch. San Martín, vol. XII, M. S.) — Para mayor comprobación de este punto, citaremos la lista nominal de muertos durante toda la campaña de Chacabuco, firmada por Zapiola el 24 de abril de 1817, que original existe en el Arch. general, y da : 2 capitanes, 2 sargentos, 1 cabo y 10 soldados, total 15 muertos, todos ellos pertenecientes al batallón núm. 8 y á Granaderos á caballo. Los oficiales argentinos. Los heridos fueron : capitán Félix Olazábal y teniente Pedro José Rico, del 8.º; subteniente José María Prieto, del 11, capitán Luis Pereyra, tenientes Pedro Noalles, Eugenio Necochea y Manuel Olazábal y alféreces Félix Bogado y José María Villanueva, de Granaderos á caballo. (Arch. San Martín, vol. XII, M. S.) y Doc. del archivo general en Leg. « Estado Mar. de los Andes, 1817. » M. S. — Como se ve, es la gran victoria menos costosa que se haya dado en el mundo, á la vez que la más desastrosa para los vencidos, quienes dejaron en el campo más de la mitad de su fuerza total.

concisos términos : « Al ejército de los Andes queda la gloria de decir : EN VEINTICUATRO DÍAS HEMOS HECHO LA CAMPAÑA, PASAMOS LAS CORDILLERAS MÁS ELEVADAS DEL GLOBO, CONCLUIMOS CON LOS TIRANOS Y DIMOS LA LIBERTAD Á CHILE » (15).

El mérito militar de la batalla de Chacabuco consiste precisamente en lo contrario de lo que constituye la gloria de las batallas. Resultado lógico de las hábiles combinaciones estratégicas de la invasión, estaba ganada por el general antes que los soldados la dieran, respondiendo á un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previstos. Fué una sorpresa á la luz del día en que nada se libró al acaso. El hecho de batir á una fuerza menor con otra mayor, — que es el primer resultado que se busca en la guerra para triunfar con seguridad, — fué la consecuencia necesaria de los ardidés y movimientos calculados que la precedieron, dando á ciencia cierta al enemigo un golpe de muerte y apoderándose en un solo día del territorio invadido, y esto con la mayor economía de tiempo, de medios, de san-

(15) Para narrar la batalla de Chacabuco, hemos tenido presente los documentos y testimonios siguientes : 1.º Parte detallado de la batalla por San Martín de 22 de febrero de 1817, inserto en « Gaz. Est. » de 11 de marzo del mismo ; 2.º Legajo del archivo general. « Secretaría de guerra », etc., cit. en la nota anterior. M. S. S. : — 3.º Apuntes del general don Rufino Guido, sobre Chacabuco. M. S. : — 4.º Memoria del coronel D. José Melián : — 5.º « Memoria histórica biográfica » del general Rudecindo Alvarado. M. S. : — 6.º « Exposición de los oficiales de granaderos » cit. : — 7.º Remitido sobre Chacabuco, publicado en el núm. 83 de 17 de abril de 1817 en *El Censor* de Buenos Aires : — 8.º « Contestación del general Soler á la carta inserta en el núm. 83 de *El Censor* (pliego suelto). Informes verbales de los actores en la batalla, á saber : generales, Las Heras, Soler, Enrique Martínez, Félix Olazábal, Zapiola, Mansilla, Manuel Escalada, Espejo y O'Brien ; coroneles, Manuel Olazábal, Melián, P. R. de la Plaza, Pedro José Díaz y Pedro José Rico, é ingenieros del ejército de los Andes Arcos y Álvarez Condarco. — Hemos tenido presente los historiadores chilenos y argentinos Guzmán, Gay, Sanfuentes, Amunátegui, Barros Arana y Espejo, conformándonos con la versión de estos últimos en los puntos que estaban de acuerdo con nuestros documentos.

gre y de esfuerzos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohenlinden — que en algo se le parece, — tiene la originalidad de un plan que se adapta á un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, á la manera de un problema geométrico con su método riguroso de solución. Habría dado por resultado — como se ha visto, — una rendición completa, tal vez con una sola carga, si el plan hubiese sido ejecutado puntualmente, bastando asimismo que él se desenvolviese en parte en las condiciones más desventajosas para asegurar una victoria decisiva. Por lo tanto, puede presentarse como un modelo clásico del arte militar, en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final, y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio.

Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aún, como lo han reconocido los primeros historiadores y hasta los mismos adversarios vencidos. Ella dió la primera señal de la guerra ofensiva de la independencia sud-americana, y conquistó para siempre su sólida base de operaciones en el mar y las costas del Pacífico. Dió sobre todo, el ejemplo del plan de campaña continental á la revolución del nuevo mundo emancipado, aislando al poder español en sus colonias dentro el estrecho recinto del Perú, donde debía ser vencido en palenque cerrado por efecto de su impulsión inicial. Salvó á la revolución argentina de su ruina y contuvo la invasión que la amenazaba por el Alto Perú, suprimiendo un enemigo peligroso que la amenazaba por el flanco, y dióle expansión, sin lo cual habría tal vez sido sofocada en su cuna. Fué la primera batalla americana con largas proyecciones históricas. El virrey del Perú, Pezuela, confiesa que marcó el momento en que la causa de España empezó á retrogradar en América y su poder á ser conmovido en sus fundamentos. « La desgracia que padecie-

» ron nuestras armas en Chacabuco, poniendo el reino de Chile á discreción de los invasores de Buenos Aires, trastornó enteramente el estado de las cosas, fué el principio de restablecimiento para los disidentes, y la causa nacional retrogradó á grande distancia, proporcionando á los disidentes puertos cómodos donde aprestar fuerzas marítimas para dominar el Pacífico. Cambióse el teatro de la guerra: los enemigos trasladaron los elementos de su poder á Chile, donde con más facilidad y á menos costa podían combatir al nuestro en sus fundamentos » (16).

Un historiador español, general que á la sazón militaba bajo las banderas del rey, sintetiza sus resultados generales con tanta tristeza como concisión. « La fácil pérdida del reino de Chile fué un suceso de inmensa trascendencia para las armas españolas » (17).

VI

En medio del pánico que produjo entre los realistas el desastre de Chacabuco, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la suerte de la causa del rey. Fueron las del argentino Baraúño, el coronel español José Ordóñez y el achilenado Sánchez, valeroso defensor de Chillán después de San Carlos. Baraúño había acudido á marchas forzadas con su regimiento de húsares desde San Fernando, donde se hallaba destacado á fin de incorporarse al ejército realista situado en Chacabuco. Su presencia hubiera hecho sin duda la victoria más

(16) « Manifiesto en que el virrey de lPerú, D. Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando, etc. » p. 22 y 93.

(17) Camba, « Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú, » t. I, p. 267.